

EL LABERINTO DE LAS FORMAS DE VIDA*

Enrique Barros

En este ensayo se pasa revista a las frustraciones y los retos de la sociedad plural, en el contexto de la generalización de las instituciones liberales (la democracia, el mercado y las normas que garantizan la autonomía personal). A juicio del autor, el principal desafío que se plantea en la sociedad plural —a la que dan origen las instituciones liberales— es de carácter personal y dice relación con las múltiples formas de vida que ella hace posible. Dichas instituciones, en efecto, abren numerosas posibilidades que pueden ser vividas de maneras muy diferentes. De modo que el problema aquí no es de carencia, sino de exceso. Nuestro mayor riesgo estribaría en transformarnos en un molusco pluralista, incapaz de dar forma a nuestros impulsos. En definitiva, la debilidad cultural del presente no está en el vacío, sino en nuestras dificultades para enfrentar el exceso.

ENRIQUE BARROS BOURIE. Abogado. Doctor en Derecho, Universidad de Múnchen. Profesor de Derecho en la Universidad de Chile. Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

* Texto de la charla ofrecida en junio de 1995 en el Centro de Estudios Públicos, en el

I

El hombre occidental ha vivido por largo tiempo entre la nostalgia de un mundo perdido y la aspiración dialéctica a un paraíso que se vislumbra al alcance de la mano. Esta mirada hacia el pasado y hacia el futuro ha sido especialmente intensa en Chile y en Hispanoamérica.¹

A todas las nostalgias del pasado es común la idea de un estado originario que en algún momento se destruye. La historia aparece como ruptura de un mundo en orden, cuyo equilibrio se ha quebrado: por nuestra aptitud para elegir el mal, como en el Antiguo Testamento; porque la sociedad imperfecta ha corrompido al salvaje, bueno, ingenuo e inocente, como en el romanticismo o en su variante hispanoamericana del indigenismo; sea, finalmente, por una vertiginosa inclinación antropológica a la decadencia, como en Nietzsche o, más moderadamente, en Gehlen.

En contraste con la desolación provocada por la pérdida pasada, si miramos hacia la otra corriente de ideas, se nos presenta por delante una utopía futurista, en que la ciudad perfecta es un proyecto alcanzable por medio de la acción política.

Este último enfoque es eminentemente moderno. En el gran orden medieval, en que se entiende alcanzado el estado de cosas en que la naturaleza converge con la razón, todo saber ha sido dicho por los clásicos y por los padres de la Iglesia.

Sólo en la modernidad se asume radicalmente la noción de la historia como desarrollo y se la asocia a la idea de un incansable progreso hacia formas de convivencia más perfectas, que antecede a las grandes utopías revolucionarias. El escrito de I. Berlin que he recomendado como lectura previa a esta charla² explica brillantemente el auge y decadencia de este pensamiento utópico, que no pasa por un *ethos* de trascendencia personal, como en la religión, sino por la superación colectiva, mediante la acción sobre las instituciones, de las miserias de la vida presente.

Lo peculiar de los grandes proyectos políticos es precisamente ese impulso que moviliza hacia la acción. Sin esa motivación profunda, dada por el sueño de un mundo justo y perfecto, no habrían adquirido forma los grandes movimientos sociales y políticos de la modernidad.

marco del ciclo de conferencias "Horizontes de la Libertad" dirigido a estudiantes universitarios.

¹ Un ilustrado recorrido por las autopercepciones hispanoamericanas presenta Jorge Larraín en "La identidad latinoamericana. Teoría e historia", *Estudios Públicos*, 55 (invierno 1994).

² I. Berlin. "La decadencia de las ideas utópicas en Occidente". *Estudios Públicos*. 53

Es bajo el emblema de ideales magníficos de libertad, igualdad y fraternidad que Robespierre considera que el terror es un deber de Estado. Sin el apasionado llamado del *Manifiesto comunista*, esto es, con la sola racionalidad abstracta de *El capital*, difícilmente Marx habría logrado la influencia política decisiva que luego tuvo a lo largo de un siglo. Sin la idea de movilización total del pueblo en procura de su identidad común, bajo la cual cualquiera diferencia individual es accesorio y despreciable (esto es, sin el soporte ético, que en gran parte fue dado por intelectuales conservadores como Ernst Jünger y Carl Schmitt), el poder total del estado fascista habría tenido desde sus orígenes un acento puramente nihilista. Y para no ir tan lejos, sin el impulso dado por la tarea de sacar el país hacia adelante el régimen militar chileno habría devenido, en razón de sus demás características, en una mera réplica de las innumerables dictaduras que se han sucedido en el continente.

Las utopías modernas, en definitiva, constituyen una rara mezcla de aspiración a un mundo sin conflictos con una técnica implacable para llegar a esa meta. Todo ello motivado por una pasión que mueve urgentemente a actuar. Es precisamente en esta urgencia pasional donde radica una contradicción intrínseca: sueños románticos, como el ingrediente utópico del marxismo y de los nacionalismos del siglo XX, derivan en gigantescas máquinas de poder, que supuestamente controlan una técnica eficaz para conducir a los hombres a un estado final, que, no por casualidad, en mucho se acerca al estado originario, alguna vez perdido, de armonía y prosperidad.

II

Difícil es saber en qué proporción han influido la aceptación positiva del valor de la persona o el simple fracaso de las utopías en la generalización contemporánea de instituciones liberales, como la democracia política, el respeto a la vida y las demás garantías personales y el desarrollo de la economía a través de mercados.

Lo cierto es que ya tempranamente los críticos de las instituciones liberales pusieron sobre aviso acerca de los límites motivacionales de instituciones como el gobierno representativo. ¿Quién daría la vida por un Presidente?, preguntaban con ácida ironía los antiguos legitimistas franceses. Por el contrario, la figura del monarca era capaz de producir en los vecinos alemanes esa profunda conmoción que sólo se vive al calor de sentidos de pertenencia y de identidad con un órgano vivo, movilizador y protector a la vez, como puede llegar a ser la nación. Así, O. von Gierke,

uno de los juristas más influyentes de la época, pudo escribir en 1914, al inicio de la gran guerra, esta experiencia de su juventud:

Un día de julio de 1870, cuando el rey Guillermo volvía de Ems, encontrándose con la declaración de guerra por parte de Francia, estaba yo en Berlín, en la Unter den Linden, y tuve una revelación. El espíritu nacional, en cuya realidad invisible hacía mucho tiempo que yo creía, se me apareció en figura corpórea. En la muchedumbre congregada acerté a ver solamente una parte de su cuerpo. Fue en el clamor de las masas y, más aún, en su respetuoso silencio, donde oí su poderosa voz. Sentí cómo me invadía y se agitaba en mi interior. Comprendí que esta fuerza estremecía a todos por igual, y tuve el convencimiento mudo de que las almas se abrían a las almas, fundiéndose unas con otras. No era la unanimidad que crea un lenguaje común en individuos animados por los mismos sentimientos. Era el saberse todos uno, en la más alta conjunción vital del todo. Como únicamente podía brotar de un todo en su plenitud creadora. Por un momento, pareció casi extinguirse el yo individual. El sublime Yo de la comunidad nacional había tomado posesión excluyente de las conciencias de sus miembros. La fe se hizo certidumbre: ¡había visto el espíritu nacional!³

La democracia, por el contrario, aparece desvalorada por sus críticos como el escenario de pequeños conflictos de poder, donde se pierde el horizonte de lo general; aparece, a lo sumo, como una técnica jurídica carente de contenido material (C. Schmitt). Se la acepta como un orden que no exige un compromiso positivo, porque está fundado en la pura tolerancia, esto es, en el escepticismo acerca de lo que es correcto, y que, por lo mismo, difícilmente proporciona las certezas que anhela un ser de constitución débil como el hombre, especialmente cuando cunde el sentimiento de crisis. Nada heroico subyace a la democracia; no hay un proyecto social que movilice a la gente a partir de señales intensas que provengan del corazón. Por el contrario, cuando en democracia ello llega a ocurrir, es síntoma casi seguro de que una gran crisis política está a la vuelta de la esquina.

Igualmente frágil es, por analogía, la idea más íntima de libertad personal. El Gran Inquisidor de Dostoievski, el viejo conocedor de las motivaciones humanas, advierte a Cristo que su ofrecimiento de libertad resulta una carga demasiado pesada para seres pusilánimes, dispuestos a entregarse en cuerpo y alma a quien sea capaz de asumir el peso de tenerlos

(verano 1994). Una espléndida selección de sus ensayos sobre historia de las ideas se encuentra en *Contra la corriente* (México: 1983 [1979]).

bajo su cuidado. El hombre gris y homogeneizado en la servidumbre, que muestran las anti-utopías totalitarias de Huxley o de Orwell, carece de toda libertad, pero también está descargado de responsabilidad. En la perspectiva del inquisidor, esta imagen no es tan distante, salvo en el color, de la del burgués satisfecho que se divierte viendo cómo sus semejantes enajenan su dignidad a cambio de algunos pesos en un concurso de televisión. Es el riesgo de la dulce domesticación producida por una sociedad desmotivada, donde la libertad carece de su sentido constitutivo y sólo es aceptada como una técnica, entre otras, para fabricar felicidad.

En definitiva, la democracia, el mercado y las normas que garantizan la autonomía personal tienen la característica de no asegurar resultados, ni siquiera de prometerlos. Por eso, algunos autores las han concebido como instituciones típicas de nuestro tiempo, en razón de su funcionalidad respecto de una sociedad compleja, que no sería comprensible como un orden jerárquico de bienes y valores.⁴ Son instituciones procedimentales que se limitan a abrir posibilidades y que, por lo mismo, pueden ser vividas de maneras muy diferentes.

En una perspectiva pesimista, se puede mostrar que un orden democrático no transforma por presencia la cultura de un país que sigue poblado de súbditos; ni el mercado garantiza que la gente cautele sus derechos por sí misma; ni la autonomía jurídica es garantía de que asumamos nuestra propia dignidad.

En otras palabras, las instituciones liberales pueden coexistir en un medio cultural autoritario, donde se espera que otros asuman la responsabilidad por las propias vidas. O pueden asentarse en una indiferencia generalizada hacia la pregunta por lo que es valioso, con la consecuencia de que desaparece del horizonte cualquiera inquietud que pueda conmover el suave adormecimiento producido por una cultura crecientemente *kitsch*.

III

En definitiva, hoy más que nunca parece razonable una justificación minimalista de las instituciones liberales, como la emprendida por I. Ber-

³ O. von Gierke, *Der Tag*, III (1914), citado por H. Hattenhauer, *Conceptos fundamentales del derecho* (1987).

⁴ Al respecto, N. Luhmann, *Grundrechte als Institution* (Derechos fundamentales con

lin.⁵ La decadencia intelectual de la utopía y la experiencia de sus efectos políticos, económicos y culturales, la desolación que deja en el alma y en la sociedad, muestran las ventajas de conformarse con “una máquina de instituciones diseñada para evitar que la gente se haga demasiado daño”.

No se trata precisamente de “un apasionado grito de batalla como para inspirar a los hombres al sacrificio y el martirio y a hechos heroicos”. Sin embargo, la finalidad de evitar la destrucción, sin heroísmos ni saqueos, ya es bastante, como muestra la evidencia sobrecogedora de la historia; en particular, la historia de las grandes ideas.

Con todo, surge una duda inversa a la que presagian las grandes hecatombes: ¿es suficiente esta aversión al riesgo para justificar la forma en que convivimos? Con esta pregunta volvemos la mirada hacia la enorme diferencia de motivación (a la cantidad de adrenalina desplegada, como dirían los jóvenes) que descargan las ideas utópicas o los fundamentalismos religiosos, por un lado, y las formas liberales de convivencia, por el otro.

La democracia, como mostraron Popper y Hayek, no tiene por objeto expresar una voluntad general (esto es, la identidad total del pueblo consigo mismo, como se expresa en el nacionalismo puro), sino que constituye un mecanismo de ensayo y error que permite deshacerse de los gobiernos malos o agotados y dejar que continúen los que pueden hacerlo mejor. La libertad personal no excluye la vulgaridad, pero evita que la policía llegue a ser el principal instrumento de persuasión. Ni el mercado excluye que una cultura de la sonrisa estereotipada reemplace el gris por el rosado o el solferino.

Por cierto que todo esto produce inquietud. Ante todo, en quienes no están dispuestos a soportar la inseguridad y son incluso proclives a aceptar que las costumbres se impongan por la fuerza: el toque de queda como garante permanente de la moral, como alguien propuso en una carta publicada recientemente en un diario capitalino. O en quienes, en la izquierda, vieron desaparecer los grandes ideales abstractos y, aún turbados, no logran distinguir valores de ningún tipo en medio de la textura crecientemente compleja de la sociedad actual.

institución), (Berlín: 1965); *Zweckbegriff und Systemrationalität* (Concepto de fin y racionalidad del sistema), (Frankfurt: 1968).

⁵ Esta interpretación se aparta del teorema de la incommensurabilidad de las formas de vida, que infiere J. Gray de la obra de I. Berlin. Según esa doctrina, no sería posible idear una regla que permita preferir entre diversas concepciones del mundo. Cada una de éstas constituiría una manera de ver las cosas y resultaría impermeable a razones ajenas a su propio orden de referencia. Así, un orden constituido a partir de la libertad representaría una opción que sólo se

Pero también es frecuente otra actitud, que R. Musil describe con precisión analítica en su gran novela sobre el hombre contemporáneo: Ulrich, el individuo profesional y brillante, cuya actitud es la del apátrida, del observador externo e irónico, confuso frente al ir y venir de oportunidades, incapaz de decidir su camino; el habitante de la patria ausente, cuya piel tiene que ser resistente para contener todas las almas que conviven en su interior (A. Gehlen), que carece de la estructura interna que da aquello que suele llamarse personalidad. Es fácil reconocerse en esa especie de molusco, que pretende mostrar una concha fuerte y bella por fuera, pero que es blando e inerte por dentro.

Los diagnósticos de la época son consistentes con estas frustraciones: el fin de las costumbres, que conmueve al conservador; la reducción de lo social a lo económico, que inquieta a intelectuales y a espíritus religiosos; o simplemente el cinismo íntimamente desolador del triunfador y de quienes juegan a serlo. ¿Es ese lastre lo distintivo de las instituciones liberales?

IV

Lo cierto es que ni la democracia política, ni los derechos constitucionales, ni el mercado conmueven nuestros ancestrales sentidos de pertenencia. Por el contrario, se trata de instituciones que garantizan, como nunca antes en la historia, nuestra individualidad.

Ello plantea desafíos personales inéditos. En el terreno de las ideas, supone, ante todo, rescatar la dimensión ética de la libertad. Por cierto, ya es mucho que la libertad, en cuanto estímulo para crear riqueza, resulte ser una técnica útil para aumentar el bienestar. Sin embargo, aunque la libertad pueda ser valorada porque es eficiente, ello desvía la atención respecto de su dimensión más personal: difícil carga resulta la autonomía para seres que provienen de tan torcida madera como los hombres (Kant).

En el fondo, ocurre que las instituciones liberales hacen posible una sociedad plural, cuyo mayor problema es el exceso. De ahí que para poder vivir bien en esta sociedad resulta inevitable que seamos capaces de optar por formas de vida relativamente limitadas, en medio de un laberinto de sendas que se encuentran. De lo contrario, el pluralismo de las instituciones amenaza penetrar en la misma personalidad; nuestro mayor riesgo es transformarnos en una especie de molusco pluralista, que no es capaz de dar forma a sus impulsos. La máxima que evoca de inmediato esta premisa hace recordar a Wittgenstein: “mi vida consiste en que me doy por contento con ciertas cosas”.

En verdad, si bien hay signos preocupantes, también hay otros que son indicativos de que algo nuevo, a una escala más personal, está ocurriendo. Quisiera insinuarlo con una referencia a la reciente trilogía de Kieslovski. Azul, blanco y rojo, los colores de ideales abstractos en la tradición francesa —libertad, igualdad y fraternidad— aparecen aquí en una reflexión sobre las motivaciones y valores de seres concretos y reales, de gente cuya vida es un laberinto de pasos, de idas y venidas, de angustia y esperanza, de torpeza y lucidez. Porque si bien la imagen borgiana del laberinto evoca la desorientación de estar perdido en la vida, entre dilemas que desvían la marcha en una y otra dirección, también expresa la búsqueda inquieta de un tesoro que resulta esquivo.

El problema es que diversos principios actúan simultáneamente en nuestra vida diaria, de la cual, a su vez, exigimos incesante satisfacción. En definitiva, nuestras vidas están recargadas de valores y en gran medida allí radica nuestra dificultad. Las relaciones de pareja (la generalización de este término es de por sí sintomático) son como nunca de exigentes; las mujeres deben ser tiernas, interesantes y buenas madres, y los padres deben asumir una dedicación por sus hijos que va mucho más allá de la simple disciplina; de la religión se pide como nunca esperanza, mientras que el mundo cotidiano parece materializar, por el contrario, la descripción que Mefistófeles hace a Fausto de sí mismo: “soy el espíritu que todo lo duda”; del trabajo se exige, a la vez, más eficacia y satisfacción; vivimos desplazándonos velozmente de un lugar a otro, pero ello a costa del agobio de tener que observar centenares de reglas que impiden que andemos a empujones. Nunca antes se nos había exigido más afectividad, más consideración recíproca, más racionalidad.

En la tradición cristiana, la libertad se expresa en que nuestra existencia concreta está abierta hacia una buena vida, pero en ningún caso condicionada a ello por la naturaleza. Las instituciones liberales materializan este principio: la libertad aparece como condición para que podamos definir lo que somos y lo que no somos y la manera como incluimos a los demás en nuestras vidas.

Por lo mismo, desde un punto de vista personal, la libertad no consiste en un paquetón de derechos frente a los otros. Más bien se nos presenta como una prueba difícil para seres que no están naturalmente constituidos para enfrentar tal laberinto de desafíos.

El mayor riesgo de nuestra sociedad actual está dado por el propósito inédito de quererlo todo en una sociedad que, por un lado, está exterminando el hambre y que, por otro, aparentemente abre posibilidades ilimitadas a la experiencia de vivir. Por el contrario, todo conduce a que un cierto

ascetismo resulte indispensable, ahora más que nunca, para lograr esa estructura vertebrada, que ordena y que permite formular un proyecto de vida. En definitiva, la debilidad cultural del presente no está en el vacío, sino en nuestras dificultades para enfrentar el exceso. □